

más hermosa del pueblo. Al verla, se sentía la necesidad imperiosa de descubrir en qué rasgo, en qué parte sobrevivía ese residuo de belleza. No era precisamente en el color sangre de su boca, ni en su nariz recta, ni en el brillo celestial que emanaba de su ojo derecho. Matilde podría haber dicho alguna vez que su belleza no estaba sobre ella. Que quizá podría estar a espaldas de quien la mira, en esa misma habitación, doblada sobre el ropero, colgada de la pared o apoyada en cualquiera de los objetos de la casa. Podría ser el miedo a que la olvidaran o el elemento mínimo indispensable por si uno de estos días la puerta se abre y es el hombre que ella espera. Alguien golpeó, desconoció el llamado, se incorporó y antes de que autorizara la entrada la puerta se abrió en silencio. Era la mirada de Lucero que se había adelantado mientras el resto de ella aún estaba llenando platos con sopa en la cocina. Era la misma mirada de Alvaro, híbrida, y tan inocentemente perturbadora. No podía dejar de sentirse vigilada por él cada vez que pensaba en aquel hombre. Lucero entró con la bandeja de plata ennegrecida dejando una estela de humo, la puso sobre otra más grande encima de la cama. A Matilde se le nublaron los ojos y cuando Lucero la vio quedó tan pasmada que Matilde se dio cuenta y le dijo:

—No te preocupes, es el humo de la sopa que se mete en los ojos, ya se me pasa.

Lucero acercó una silla y se sentó junto a la mesa de luz a esperar que su madre terminara de comer. Mañana a las seis en punto estaría lejos de la cama, lavando ropa, helándose los brazos en la batea del patio. Esperanza e Inés aprovechaban unas horas más de sueño porque la noche anterior se habían hecho cargo de los platos sucios que después de la cena descorazonaba verlos como torres, como un castillo de grasa y desperdicios sobre la tabla de la cocina. Otras limpiarían el resto de la casa mientras Aurelia, despiadadamente, sacaría de sus respectivos sueños a las hermanas menores, entrometiéndose en sus vidas, disponiendo sobre sus deseos, salvándolas de aparecidos y de hombres con ojos de vidrio o arrancándoles como un yuyo seco el motivo que justificaba el haberlas molestado en que vinieran a este mundo. Y luego un desayuno parco, leche con poco café y nata flotando en la superficie. Tostadas pétreas que nadie tocaría y que a la mañana siguiente estarían de nuevo en la mesa. Los delantales de escuela amarillentos, babosos, puestos tañ al descuido que las mangas de la camiseta quedaban enrolladas bajo los codos, el primer botón de arriba incrustado en una vértebra, estrangulando, el moño flojo en la cintura que daba la sensación de haber perdido el cuerpo por ahí, los bolsillos demasiado altos o demasiado bajos. Eran los viejos delantales de Lucero que fueron pasando por todas sus hermanas igual que el resto de la ropa, los mismos vestidos apareciendo con distinta cara, arremangados o llenos de añadiduras de broderies con olor a naftalina que alguna vez pertenecieron a la madre de Matilde. Aurelia, como las otras, llevaba encima la cruz de la costumbre y sin darse cuenta, con los años, mientras perdía la belleza iba adoptando la postura sumisa de Lucero. Sus hermanas menores habían olvidado ya quién era la madre de la casa, Matilde se les presentaba como un esbozo de abuela lejana, un lastre que las mayores arrastraban desde épocas en que la tierra fue más clara. Y esa exclusividad de haber intervenido en el pasado rodeaba a Matilde de una aureola suprema pero también de inestabilidad, un cuerpo dependiendo de alguien que lo alimente, de alguien que si quisiera podría dejar de hacerlo, Matilde moriría de inanición porque las piernas no eran capaces de

sostenerla. Tenía los huesos de la cadera anquilosados y la espalda, nalgas y talones brotados de ampollas. De tanto estar quieta, de tanto pesar sobre esas partes, sentía que se le estaban encarnando con la cama. Lucero la limpiaba con toallas húmedas y la peinaba con perfumes dulces. Por momentos Matilde la miraba a los ojos y le decía:

—No te olvidés, yo fui la mujer más hermosa de la tierra.

Lucero le preparaba sopas y purés porque se quejaba de dolores en las encías, renegaba de la carne y de las verduras crudas. Lucero la observaba comer pensando que mañana a las seis en punto se levantaría y después de lavar montañas de ropa, saldría a lavar al ropa de extraños. Antes del mediodía ya estaba cocinando en la casa para sus catorce hermanas y para Matilde. Los primeros años en que empezó a cocinar le salía tan poca comida que no llenaba ni a la mitad o bien cantidades descomunales de arroz que las alimentaba por tres días consecutivos y que como además sobraba, tenía que llevárselo a Angela para los perros porque ya no podían ni imaginarlo en el plato.

Al llegar el verano tuvieron que darle a Matilde de comer en la boca. Pasaba días sin moverse y al igual que en los tiempos en que nació Aurelia daba la impresión de estar muerta. Cuando tenía los ojos abiertos los mantenía fijos en la mancha de humedad donde su padre esperaba más joven de lo que ella era ahora, vaciándola, como si con la mirada le comiera el contenido de órganos oscuros, ella haciendo promesas, ahogándose en los ojos negros del padre depredador y todopoderoso, ella culpable sumergida en la cama, vieja hasta la última célula, panzona como una rata, abriendo la boca para dejar entrar la cuchara, chorreándose rígida con las pupilas fijas en una mancha de humedad. Una mañana mientras se iba en vómitos sobre la cama descubrió un montón de cabezas asomadas a la puerta.

—Salgan de acá —les gritó.

Lucero que le sostenía la frente hizo un gesto a sus hermanas para que desaparecieran. Aurelia deshizo el grupo y cerró la puerta desde el recibidor.

Parecía increíble que Matilde no muriera de esfuerzo, decía que en los veranos Alvaro le daba tregua para no matarla de hijos pero eran mentiras, porque además había empezado a mentir. Daba a luz sin descanso, dormía de corrido la mayor parte del día pero de noche la asolaban los dolores, las puntadas en la vagina. Por momentos eran tan fuertes que se convertían en calambres y los ovarios que ella decía sentir asentados en la espalda por vejez, ahora estaban insensibles, como si no los tuviera. Se había puesto tan mentirosa que no sabían cuándo crearle los dolores y cuándo no. Angela la partera la visitaba a diario, la consolaba, le llevaba ramitos de pasionarias para que concibiera hijos varones. La primera noche de otoño cuando Lucero le daba puré en la boca, manchó la sábana con una evacuación de sangre, agarrada de la cabecera de la cama expulsó del vientre a su hija número veintiuno. Angela se la llevó enseguida, la iban a llamar Azucena como la abuela pero terminó llamándose Eugenia.

Después del parto Matilde quedó desinflada, apenas el embrión desapareció de su territorio se hizo pasar por dormida para que la dejaran sola. Sentía en la boca el gusto de la muerte, no creía tener fuerzas para seguir dando hijos, rabiaba por dentro porque por fuera era un despojo incapaz de expresar el más mínimo sentimiento. Cuando Lucero presenció el parto lo creyó imposible. Hacía instantes, Matilde era casi un líquido, los brazos colgando fuera de la cama, las piernas sueltas separadas del resto del cuerpo

y en el momento de dar a luz traía a la superficie toda la fuerza, todos los reñcores, todo el miedo por los ojos sobrenaturales que ya eran un amanecer completo en la pared.

Después de esto Matilde merodeaba en los setenta años. Estaba tan floja y resignada que había dejado de mentir, tomó a cambio la costumbre de orinarse encima. Hacía esfuerzos sobrehumanos por mantenerse despierta, por estar consciente en el momento de morir, no quería que la muerte la sorprendiera dormida, que ese instante imaginado desde siempre pasara inadvertido. Pensó en la cantidad de veces que había caminado por el día de su muerte, tantas veces como sus años de edad. Quizás uno de los días más felices, un día de octubre o de marzo, un verano bordado con árboles azules, el día de su cumpleaños o un día como hoy. Los párpados le caían como piedras sobre los ojos, se vio a ella misma sentada en el sillón del recibidor cosiendo ropa para su hijo, esperando. Después lloró, ya no esperaba y aunque no lo quisiera estaba embarazada otra vez, por Alvaro desde tierra de ángeles o por costumbre.

Estuvo varios días sin comer, derramada en la cama, enferma de tantos años de impaciencia. No le quedaba en el cajón de su mesa de luz ni un solo gramo de fe. Había aceptado la muerte por cansancio, no sería peor que una vida de esperas inútiles, de bellezas y amores desperdiciados. Nada sería más doloroso que esa sensación de estar sobre una cama de agua con los huesos quebrados y el estómago reducido al tamaño de una moneda. Lucero hacía lo imposible por convencerla de que comiera, lo mismo hacían Esperanza y Angela la partera.

—Coma, Matilde —le decía a gritos en la oreja—, coma que se la va a estancar adentro el hijo muerto.

Matilde no abría la boca salvo para decir que ella había sido más hermosa que cualquier mujer del pasado, del presente o del futuro. Pasaba en soledad la mayor parte del tiempo rezando para que se le concediera algún final, aunque de todas formas ella misma se haría mantener en este mundo hasta cumplir lo que prometió. A la medianoche, cuando la casa estaba sensible al mínimo ruido, sus aullidos abrían las paredes. Lucero se quedó muchas noches acompañándola pero ni eso la calmaba. Era una mezcla de dolor físico, de picadura de muerte, de terror al castigo eterno. Aurelia se acercaba a la cama de sus hermanas, les taponaba las orejas con algodón y las hacía dormir con la cabeza abajo de la almohada para que no escucharan los gritos. Era inútil, los gritos se oían desde la terraza y desde el sótano, desde las profundidades de los hormigueros, desde el paladar, desde el cauce seco del surco de la espalda, desde la oscuridad de la axila, desde el silencio del pubis, desde los túneles perdidos de las arterias más internas, desde allí se oía gritar a Matilde. A veces el dolor era tan completo cuando iba más allá del cuerpo que llegaba a un límite donde ya no sentía nada. Perdía la conciencia de sus partes, se buscaba entre las sábanas, los brazos, las manos, las piernas y no los encontraba. Estaba muriéndose y cuando la habitación quedaba a oscuras sentía junto a ella, en la misma cama, la muerte agitando el aire, el vértigo de los últimos días. Los ojos del padre eran ahora continuos en la humedad desprendida y amarillenta de la pared. Alvaro estaba a la diestra, un poco más atrás y más abajo, con los párpados caídos sobre los ojos, con semblante de mártir, flaco como una hebra. Matilde en un segundo los odió para siempre y al segundo siguiente les pidió perdón. «No puedo morir ahora —pensó—, una mujer embarazada no puede morir aunque quiera». Aguantaría sólo una vez más y después, nada. Entonces llamó a su hija para que le diera de

comer. Lucero entró silenciosamente y se sentó en la silla junto a la cama. Matilde comió sin detenerse durante tres horas seguidas abriendo la boca y tragando puré de zapallo, agua con azúcar, agua de arroz, sopa, esas comidas de enfermos que no tienen sabor, ni siquiera resultan repugnantes porque la boca que no ha tenido contacto con ninguna sustancia por varios días, se vuelve una cavidad virgen, con una sensibilidad especial, le da igual comer carne que papel. Duele la dentadura aunque no se mastique, el esófago se ensancha y se reseca, la comida pasa por él sin tocar las paredes, el estómago es como si no estuviera, como si lo reemplazara un agujero. Matilde tragaba sin respirar pero sentía que todo lo que tragaba caía fuera de ella. Se estaba rindiendo, tenía los ojos cerrados y la cabeza incrustada en la almohada como un diamante. Ya no comía, murmuró algo casi sin abrir la boca, que la dejaran sola. Lucero, sin pensar en lo que era mejor o peor, se levantó de la silla, hizo a un lado la bandeja, recogió del suelo su propio silencio como si fuera una pollera larguísima y desapareció. Afuera, en el sillón del recibidor, estaban sentadas sus veinte hermanas. Supieron que lo que sucedía ahora era eso que alguna vez debía suceder. Lucero empujó las hojas de la puerta hacia el patio, el eco de los últimos anocheceres de octubre se estrelló finalmente en sus ojos. Después fue a sentarse en un sillón aparte de las otras, a desmigajar lo poco que quedaba de la tarde, a ensombrecerse con la noche que vendría. Y así estuvo horas, en la misma posición, con las piernas juntas y las manos cruzadas sobre la pollera, mirando al piso, la espalda apoyada en el sillón donde hacía cuarenta años Matilde se había decidido a empezar con una espera que no acabó nunca. La espera tenía la edad de Lucero que todavía continuaba inmóvil como si alguien la estuviera pintando. Inmóvil, sin darse cuenta que desde su infancia la casa parecía enterrada, construida en los mismos alambres que sostienen la noche. Sin darse cuenta que desde su infancia el techo había empezado a llenarse de estrellas y que su hermana menor que no llegaba a cumplir un año, sería su calco y el de las otras. Sentada sin pensar en que quizá si ellas no hubieran usado su ropa y sus zapatos serían diferentes. Sin pensar en que más allá de todo era la única hija preferida por Matilde, sin pensar en que más allá de todo Matilde se adueñó de ella y la mató desde el principio, su ángel de la guarda que al batir las alas se lastima con las paredes, su sierva permanente de sonrisa triste. Y estaba tan resumida en esa postura de naturaleza muerta que se perdió de ver una estrella fugaz que por un instante quedó enmarcada en la ventana. Un temblor la sacudió del sillón, Matilde había aullado en busca de Angela. Esperanza corrió a la calle, Inés y Aurelia abrieron la puerta de la habitación pero no se animaron a entrar. Matilde estaba rígida, por un instante pareció clavada en la cama, después se diluyó, se hizo agua. Tomó la serenidad como una hostia, tuvo los ojos antiguos simuladores de belleza y la piel como una telaraña. Lucero fue hasta la cama y cuando le desabotonó el camisón vio que de los pechos le salía una materia amarillenta, como restos de leche cuajada. Angela entró corriendo aunque debería haber muerto muchos años atrás, dispersó a las hijas de Matilde como pájaros asustados. No alcanzó a preparar nada, apenas le separó las piernas el feto resbaló solo sobre la cama. Después se acercó a la oreja de Matilde y le habló en voz baja, casi inaudible.

—Descanse, nació un varón.

Matilde se volvió del color de la sábana, cerró los ojos y murió.

María Fernanda García